

Pero la literatura absoluta de Calasso parece otra cosa. Lamentablemente ahora también él nos da su «teoría general de la literatura» lo suficientemente escolástica, de manera tal que reduce todas las obras a una sola característica: absoluto formal, epifanía de lo divino y muchos escalofríos.

En determinado momento, Calasso hace una lista de autores heterogéneos y llega a decir que todos hablan de lo mismo, es decir, de los dioses, incluso sin que se den cuenta y estando en desacuerdo entre sí. Me pregunto cómo es que todos esos escritores tan admirados no se percataron de aquello de lo que sólo Calasso se ha percatado. ¿Son así de obtusos?

Si yo fuera Calasso, no me ceñiría a esta aburrida *reductio ad unum* de las innumerables cosas que pasan en la literatura. Los escritores no dicen una sola cosa, por más divina y absoluta que sea. Dicen muchas más. Por esto los seguimos leyendo incluso después de haber aprendido la lección de «qué es la literatura».

Gianni Vattimo y el gusto

He leído la nueva edición de *La sociedad transparente* de Gianni Vattimo, recién reeditada por Garzanti, y después de haber comprendido que George Orwell y Theodor Adorno siempre se equivocan mientras que Martin Heidegger y Hans Georg Gadamer siempre tienen razón, me he preguntado qué más podía aprender del libro. El tenor argumentativo de Vattimo está placentemente difuminado, es oscilante y nebuloso. Incluso si no siempre se comprende qué es lo que tienen que ver los *mass media* con el Ser, el lector es acunado en la confortable conciencia de que la modernidad más conflictiva y angustiada ha concluido hace rato y que ahora vivimos en una postmodernidad más relajada, en la que el placer estético lo encontramos por todas partes precisamente porque producimos pocas obras de arte de verdad.

Esto sería una ventaja para Vattimo: sin embargo, debería hacernos comprender mejor qué es lo que sucede en una cultura que de hecho no ha abolido del todo la utopía, sino que la ha llevado a cabo en la publicidad, la moda e internet. ¿Cómo es posible que al vivir en una realización «fallida» de la utopía (como lo dice el mismo Vattimo) esto no comporte otras distorsiones? Si ya la experiencia estética es socialmente difusa gracias a la producción de mercaderías cada vez más estetizadas, ¿cómo se explica la sensación tanto más difusa (y frustrante) de

vivir una vida, en cambio, cada vez más anestesiada? Vattimo es un especialista en estética: no se da cuenta de que en el mundo de las artes, y entre los críticos y estudiosos, tener gusto, ojo, oído, nariz y tacto se está convirtiendo en algo cada vez más escaso? ¿No ha leído jamás los panfletos de Alberto Arbasino y Raffaele La Capria sobre la fealdad «estética» contemporánea?

Contrario a lo que cree Vattimo, temo precisamente que todavía es válida aquella vieja y diabólica «dialéctica de la iluminación» para la cual donde todo es comunicación, la comunicación es un peligro; la cantidad empeora la calidad y el exceso de experiencia estética se transforma en mal gusto. En el fondo, Vattimo es un extravagante: no son muchos, efectivamente, quienes como él creen que nuestro mundo social se convertirá en algo cada vez más bello y atractivo. La apología teórica de la creatividad difusa ha generado en la práctica los *graffiti* urbanos, que no incrementan mucho la experiencia estética de los habitantes de la ciudad.

Pero Vattimo no se pierde en los detalles. Quizá es sólo un ideólogo. A pesar de sus continuos elogios del pluralismo en la interpretación, para él parece existir una sola verdad: esta consiste en que el mundo está dividido en dos bandos. Por un lado los tétricos pesimistas, siempre de luto por aquello que sucede en el mundo. Por el otro, los relajados optimistas, que nadan felices de acuerdo con la corriente. Los pesimistas siempre resultan desmentidos por el desarrollo de los acontecimientos. Los optimistas (corroborados filosóficamente por Vattimo) viven, en cambio, sin perder ninguna oportunidad de emancipación, de comunicación y de placer. Y, sobre todo, creen que el futuro será siempre mejor que el pasado.

Por supuesto, Vattimo nos repite que el historicismo humanista y el mito del progreso han muerto. Sin embargo, él cree en ellos. Cree que el Hombre Nuevo de la tecnología y la comunicación será finalmente libre. Llega a pensar que la nueva estética de los Medios vencerá a la árida lógica del mercado. ¿Su sueño es un sueño romántico o una utopía publicitaria?

Aquello que resulta máspreciado a Vattimo, siempre y en cualquier circunstancia, es la superación o la negación de la realidad por vía estética. Para este objetivo serán más útiles las nuevas artes de los nuevos medios de comunicación que no las viejas obras de arte como novelas, libros de poesía, obras teatrales, esculturas y cuadros. De hecho, para Vattimo las artes tienen que ser más decorado y fantasía que revelación de la realidad, como ocurría desde los clásicos hasta Samuel Beckett y

Francis Bacon. La única estética que le interesa es la estética de los últimos veinte años, una estética posmoderna entendida en un sentido enfático y muy reductivo al mismo tiempo: es decir, productos artísticos cada vez más efímeros y carentes de estructura, que no obstante nos permiten «escuchar el Ser», como quería Heidegger. No sé qué quiere decir escuchar el Ser en medio de todo este estruendo, pero Vattimo no puede ofenderse si alguien piensa que sus libros, sincronizados como lo están con el ser postmoderno de los últimos veinte años, resultan también ellos un poco efímeros y carentes de estructura.

Alberto Asor Rosa y la fuerza

En un artículo publicado hace un buen tiempo en *La Repubblica* y dedicado a la memoria de Giulio Einaudi, me encontré con que Alberto Asor Rosa se había definido a sí mismo como «paleta de la periferia». En un arranque de sinceridad y conmoción, el docente e historiador de la literatura italiana ha rendido homenaje al amigo y mecenas, Einaudi, el hombre al que más debe. Al mismo tiempo ha tenido la necesidad de declarar sus propios límites de mentalidad y cultura.

Claro que la expresión «paleta de la periferia» es una expresión un poco fuerte, caballerosamente injusta, porque, si lo miramos bien, el paleta de la periferia, con un esfuerzo constante, ha logrado refinarse, se ha convertido en uno de los más notables ideólogos italianos. Y, sin embargo, sería injusto no creer en aquello que Asor Rosa dice sobre sí mismo. Paleta es una palabra que ahora se usa poco, pero su significado es lo suficientemente claro para todos hoy en día. El diccionario lo explica: «patán, individuo de gustos vulgares, insolente». A pesar de su sincera admiración por Boccaccio y la moral de su héroe más famoso, el cínico Ciappelletto, que logra hacerse pasar por santo engañando al confesor en el momento de su muerte, Asor Rosa es sincero frente a la muerte de Einaudi. Pero, ¿cómo homenajear esta rara sinceridad si no es tomándola en serio?

Sin insistir desagradablemente sobre la pertinencia del término «paleta» con el que Asor Rosa se define, consideremos el amplio sobreentendido cultural y de clase en el que pensaba Asor Rosa. Mientras Giulio Einaudi pertenecía por nacimiento a la alta burguesía, y era un verdadero señor y un irresistible seductor cultural, Asor Rosa venía de la periferia, de abajo, del mal gusto literario y de la insolencia política, pero aspiraba a los privilegios y los refinamientos de la alta burguesía. Incluso se podría decir que ésta había sido desde un comienzo su idea fija.